

LA LUNIGRAFÍA

Miquel Barceló

La ciencia ficción tiene historia, mucha más de lo que parece. Pero, con la imagen dominante de proyección hacia el futuro, pocos conocen esa historia y los orígenes de una narrativa especial que nace en torno a la ciencia y la tecnología.

En la historia de la ciencia ficción destaca el texto del autor británico Brian W. Aldiss *Billion Year Spree* (1973, algo así como "Un billón de años extendidos") que más tarde fue ampliado, con la colaboración de David Wingrove, como *Trillion Year Spree* (1986). Ahí, por ejemplo, se sugiere que la primera novela propiamente de ciencia ficción pudo ser *Frankenstein o el moderno prometeo* (1818) de Mary Shelley, precisamente por tratar de las consecuencias de un nuevo "descubrimiento" científico: el logro del doctor Víctor Frankenstein de volver a dar vida en el laboratorio a cuerpos ya muertos.

El texto de Aldiss ha sido poco conocido en España, pero sí lo fue la *Historia de la ciencia ficción* (1969) del sueco Sam Ludwall. Un libro que publicado originalmente en sueco (*Science Fiction: fran begynnelsen till vara dagar*, Ciencia ficción: desde el principio hasta hoy) apareció en su traducción inglesa en 1971 y en castellano en 1975 en el número 75 de la hoy ya mítica revista NUEVA DIMENSIÓN.

Pero no hay que acudir a experiencias ajenas para encontrar buenos historiadores de la ciencia ficción. En España, Agustín Jaureguizar (conocido también por su pseudónimo Augusto Uribe) ha rastreado con gran éxito entre los precursores de la ciencia ficción española.

Agustín, por ejemplo, fue quien ayudó a extender el conocimiento de la existencia del relato "*El anacrópete*" (1887) de Enrique Gaspar y Rimbau (1842-1902), un claro precedente del viaje en el tiempo. Un relato que fue anterior incluso a la serie de ensayos de Herbert G. Wells conocida como *The Chronic Argonauts* (1888), que supuestamente inició la temática del viaje en el tiempo y se tradujo al final en la clásica novela *La máquina del tiempo* (1895).

Ahora Agustín Jaureguizar ha vuelto a lograr otro de los muchos hitos a los que ya nos tiene acostumbrados. Ha conseguido reunir las nueve partes de la "*Lunigrafía*" (1855-1858) de Miguel Estorch Siqués. El conjunto de los nueve opúsculos sólo se halló en una biblioteca universitaria estadounidense y la paciencia, la insistencia y el amor al detalle de Agustín Jaureguizar le ha permitido hacerse con todos ellos y fabricar una nueva edición facsímil "a medida", uno de cuyos ejemplares consta ya en la Biblioteca Nacional en Madrid. La historia necesita que quede constancia.

La Lunigrafía responde, como se corresponde a la época, a un uso "instrumental" de la Luna, el viaje hasta ella y lo que allí se encuentra para hacer una reflexión crítica y más bien amarga sobre el reinado de Isabel II. Tiene como curiosa novedad el hallazgo de que el autor imagina el viaje a la Luna en una bala de cañón, diez años antes de que luego lo hiciera Jules Verne en su clásica *De la Terre à la Lune* (1865).

La primera parte tiene el subtítulo de "*Sobre las producciones, lengua, religión, leyes, usos y costumbres de los Lunícolas*", otro trata de la "*Legislación de los Lunícolas*". También de habla del establecimiento de un "telégrafo eléctrico" y de viajes en torno a la Tierra y a lugares concretos: Roma, Madrid y Cuba.

Miguel Estorch Siqués nació en Olot en 1809 y falleció en Madrid en 1869. Fue abogado, escritor y astrónomo aficionado. Estudió derecho en Cervera y Barcelona y estuvo en Cuba y en las Américas donde obtuvo una cátedra de Matemáticas, siendo también síndico y procurador del Ayuntamiento de la Habana. Viajó por Europa y vivió en Suiza y Madrid

donde, en ambos lugares, dirigió la Escuela Normal. Fue autor de otras muchas obras e incluso de un *Compendio de astronomía*.

Como curiosidad, en *La Lunigrafía*, las cuatro primeras partes son supuestamente traducidas del alemán, y el autor es un tal Krotse (anagrama claro del primer apellido: Estorch, sustituyendo la "ch" por "k" para reflejar su verdadera pronunciación e invirtiendo después el orden de las letras), y también aparece un personaje que responde al nombre de Seuqis (parecida operación con el segundo apellido: Siqués). A partir del quinto opúsculo, el autor reconoce ya su autoría.